



VI Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2004.

CATEGORÍA ADULTO: Segundo Premio
Relato premiado: “Lección de Historia”.
Autor / a: Josefina Solano Maldonado.
Alhaurín el Grande (Málaga).

LECCIÓN DE HISTORIA

La casa es antigua y espaciosa. En el centro hay un patio embaldosado de mazarí. Las hojas podridas de la parra caen sobre el pozo que tiene cegado desde hace muchos años el brocal. Huele a nostalgia, a tinta de pluma censurada, a papeles amarillos que el recuerdo custodia, huele a excrementos de fusiles y a mierda de dominador.

Las botas de cabra hispánica pisotean las endeble sandalias, las ubres de las mozas amamantan las bocas señoriales y el caldo de cebolla nutre los estómagos de los hambrientos. Mantillas de encaje y rosarios marfileños para las misas opulentas, tediosas oraciones para labriegos y marchantes.

El olor de la tierra, mojada por la escarcha, sube al aire como una humareda invisible. El olor del tomillo se expande sobre los dorsos negros de los escarabajos, el olor del romero silvestre llena la sangre verde del Moncayo. En febrero huele el paredón y el camino que se enrosca como una serpiente, huelen las viejas cartas del presidio, huelen los nombres que vibraron en la boca hedionda del general.

Rosita se puso el vestido blanco de organdí y el velo de las novias pobres, oyó los latines de la ceremonia mientras observaba la cara enjuta del sacerdote y los ojuelos vivarachos del monaguillo, que se había atiborrado de hostias minutos antes de la consagración.

Corrió el anís y el aguardiente en el banquete nupcial. Pedro, con el traje oscuro de los domingos y los zapatos untados de betún, miraba a su joven esposa engullir bizcochos de canela y sonreía, satisfecho del hartazgo.

La piel del toro se ha quebrado por todas partes, en cada grieta los ancianos hunden los pies y se lastiman, lloran los hijos del fracaso, gimen las hembras desdentadas que mastican la sombra negra de los pueblos. El crepúsculo nace y muere en la rutina. Las moscas zumban sobre las calvas cabezas de los filósofos después de haber chupado la saliva oscura de los agónicos.

Una penumbra rosácea envolvía el lecho tibio de los recién casados. La noche olía a hierbabuena. Las manos masculinas arrancaron con cuidado

el vestido blanco y recorrieron con ansia los pechos púberes, la grácil cintura y las ingles cálidas de la novia. Ella buscó los labios y captó el sabor largo de los besos, buscó la piel y apresó el tacto íntimo de las caricias. Luego un suave empuje color perla arremetió hasta el secreto hondísimo del placer, subió hasta la carne y trepó hasta los ojos y las pestañas.

Al amanecer Rosita contempló el velo extendido en el suelo como el despojo de un náufrago y olió el vestido de novia que había abandonado el aroma tierno de las niñas para adquirir el perfume intenso de la mujer. Recostado sobre la almohada, Pedro observó la silueta desnuda de su esposa recortada en la ventana. Se acercó a ella y la amó nuevamente mientras llegaba la primavera al reloj del treinta y seis.

El tiempo pasó en los trigales, desde el verde tierno de la espiga al campo paniego del verano. Las ráfagas estivales levantaron un torbellino de corolas de sangre que llegaron hasta el patio, y abrieron un rumor en el horizonte con el trueno de los cañones. Pedro recibió una breve misiva aconsejándole que se escondiera bajo la tierra si era preciso, muchos periodistas habían sido asesinados los primeros días del levantamiento. La pluma calló hasta los primeros días de la Navidad.

La tierra, devastada por la guerra, es un esqueleto enorme. Tiemblan ciudades enteras, tiemblan los pueblos de España, tiemblan los hombres inmersos en una incomprensible y miserable ruindad. Muchachuelos imberbes, reclutados a la fuerza, han aprendido que la batalla consiste en

esquivar las balas, y en esconderse en las trincheras para encañonar los fusiles hacia la lejanía. No saben por qué disparan, ni para qué disparan, ni a quiénes disparan... Al caer la noche uno tiene el costado herido, otro se traga el dolor que le produce el brazo cercenado, y otro, quizás el de peor suerte, se pudre en el barro endurecido por la helada.

El día de Nochebuena el cielo amaneció lleno de jirones plomizos. La casa tenía ya rotos los cristales de las ventanas y desvencijadas las puertas. El interior era un espacio oscuro y húmedo donde se amontonaba en desorden el ajuar. Pedro y Rosita paseaban por las habitaciones como fantasmas escuálidos y melancólicos, mirándose con tristeza mientras oían el estrépito del bombardeo cada vez más cercano.

Eran las doce cuando el ejército entró en el pueblo. En las calles se oían los pasos rápidos de los soldados y se percibía el olor acre de la guerra. En los charcos de las plazas se reflejaba el miedo de las viejas, apostadas detrás de los visillos; y el horror de los niños, escondidos en los umbrales. Apresaron al herrador y al carpintero, acusados de dar refugio a los proscritos. Tres soldados acompañaron al general a casa del periodista. Derribaron la puerta y atravesando el zaguán llegaron al patio donde estaba la joven pareja. El general, al verlos, mostró un cariz acerbo, se le hincharon las venas azules de la frente y los ojos de batracio centellearon terriblemente. Sin dudarle un instante se acercó a Pedro y le colocó la pistola en la sien diciéndole que sus polémicos artículos perturbaban la revolución

que salvaría de la ruina total a la madre patria. Rosita intentó aproximarse a su marido pero un soldado se lo impidió empujándola contra la pared. Pedro quiso defenderla sin importarle el cañón que le apuntaba erizándole la carne. El general le propinó varias patadas en el estómago con una violencia tal que llegó a derribarlo. Una vez en el suelo, recibió varios puntapiés en la cabeza y en los testículos. Un río de sangre empezó a manar de la nariz quebrada y los dientes partidos, un dolor de azufre le atravesaba la médula de los huesos, un frío de navaja degollaba sus manos ateridas. Los soldados lo obligaron a levantarse tirándole del pelo y a punta de fusil lo condujeron hasta la calle.

Llevaron al periodista a un viejo convento de las afueras que habían convertido en una improvisada prisión. Lo encerraron en una celda húmeda y pequeña. Éste se tendió sobre una estera de esparto que había en el suelo invadido por el dolor y la fiebre. Al amanecer un soldado lo condujo hasta un cuarto angosto y oscuro que había en el sótano del convento. La llama de los candiles agigantaba en las paredes de piedras la sombra del general. Sujetaba éste en las manos una taza de café que de vez en cuando sorbía ruidosamente. Cuando hubo acabado de ingurgitar el brebaje mostró la risa podrida que guardaba bajo el fino bigote, y gritó al periodista llamándolo hijo de perra. Pedro meditaba.

Maldito tú y toda tu descendencia, no me someteré jamás a tus dictámenes, prefiero la muerte antes que doblar la cabeza ante ti. Si durante

toda mi vida he luchado contra el caciquismo, no me va a importar ahora morir por la libertad. ¡Viva la libertad!, ¡Viva la libertad!...

El general paseaba por el cuarto mirándolo con desprecio. Chasqueó los dedos y al instante un soldado trajo una bandeja plateada llena de pequeñas astillas de caña. Volvió a llamarlo hijo de perra y el prisionero se atrevió a escupirle en la cara. El general ordenó que lo colgaran del techo cabeza abajo. Entonces sostuvo entre sus manos velludas los dedos finos del periodista y empezó a introducir las astillas por debajo de las uñas. Ese era el castigo que decía merecer el que había utilizado las manos para pronunciarse en contra de la patria, la venganza contra aquel que había promovido con la palabra iras y revueltas en los pueblos de España. Un río granate manaba de los dedos heridos y formaba espesas lagunillas en las baldosas blanquecinas, un nudo de azufre le apretaba la garganta, un repiqueteo constante parecido al de los tambores asediaba sus oídos, un olor pastoso, lleno de terror, subía a la nariz ampliamente dilatada y llegaba hasta los ojos humedecidos. Cada vez que la caña lo traspasaba un dolor de sangre y fuego le llenaba la piel y el alma. Ya no tenía fuerzas, ya todo era un lento deslizar hacia la inconsciencia. Cuando despertó estaba de nuevo en la celda tendido sobre la estera, oyendo el quejido hondo de otros hombres maltratados. Observó los dedos hinchados con restos de astillas todavía entre las uñas. Notó un regusto amargo de bilis en la lengua, y un ardor mordiéndole el cuerpo. A través del ventanuco vio como un

destacamento de artillería conducía al patio al herrador. Era el atardecer, los jirones últimos del crepúsculo teñían el Moncayo de pálido azafrán. Atado a una columna, con la cara amoratada por los golpes y los ojos fulgurantes, el herrador aún tuvo tiempo de gritar, antes de que los fusiles tronaran, una loa a la libertad. Cuando Pedro vio que los soldados arrastraban por el suelo el cuerpo flácido de su compañero como si fuera el de un animal de caza, se llevó las manos enfermas a la cara y lloró, lloró como nunca antes lo había hecho. La terrible escena que acababa de presenciar le mordía avaramente el corazón. Cerró los ojos y oyó el sonido ronco de las balas, la voz cavernosa del general, y el alarido último de su amigo. Cuando despertó todavía tenía fiebre. Una sed implacable lo dominaba. Cogió el jarro de lata que alguien había dejado en la celda y sorbió despacio el agua. Oyó un estrépito y asomado al ventanuco vio a los soldados marchar al frente acompañados del general. Los prisioneros se quedaron en el convento custodiados solamente por tres jóvenes centinelas. A partir de entonces fue Lola la gallega, una prostituta oronda y despeinada que acompañaba siempre a aquel destacamento, la encargada de llevar la comida a los presos.

El tiempo en el presidio transcurría duro y monótono. Al llegar a la extenuación golpeó las paredes con el jarro de lata. Una vez otros golpes idénticos se sucedieron y al punto se inició una melodía palpitante que acercaba a todos los hombres que estaban prisioneros en el convento.

Se inauguró un lenguaje nuevo que no tardaron en aprender.

Un golpe: llega el general.

Dos golpes: hoy hay fusilamientos.

Tres golpes: estoy a tu lado, compañero.

Golpes seguidos sin interrupción: Melodía de libertad.

Poco a poco la tonada se fue apagando. Un día dejaron de sonar los jarros de las celdas contiguas, y los que golpeaban el suelo en la parte más alta de la edificación. A principios de febrero Pedro oyó dos golpes provocados por el único compañero que le quedaba. Iba a haber fusilamiento. ¿Quién de los dos sería el elegido?, se preguntó con angustia. Se tumbó en la estera y oyó los tres sonidos de aliento que habían inventado para los que iban a morir. Estoy a tu lado, compañero. La gallega entró en la celda y lo miró con la ternura de quien se despide para siempre. Pedro emitió un quejido ahogado y entrecortado como el sollozar de un niño.

A mediodía lo sacaron de la celda y lo condujeron a presencia del general, que fumaba un cigarrillo en el sótano. Éste lo sostuvo por la barbilla y al otro lado de la cortina de humo brillaron sus ojos de sapo. Le habló en el idioma ruin de los verdugos profiriendo cientos de injurias y acusaciones. Chasqueó los dedos y todos salieron fuera. En el camino un arriero aguardaba con un caballo. Le quitaron al periodista la camisa raída y con el torso desnudo lo ataron a las riendas. El general apretó espuelas y el animal empezó a correr con furia desmedida arrastrando al prisionero por las piedras y abrojos del camino. Un grito continuo, largo y fuerte inundó la sierra. Al llegar al paredón el general se detuvo. Aguardaban allí otros detenidos encañonados por los fusiles de un destacamento militar. Un corro de mujeres observaban despavoridas la escena.

Pedro tenía el cuerpo destrozado, respiraba trabajosamente vomitando coágulos de sangre, y sufría terribles convulsiones. Rosita, que se encontraba entre la muchedumbre femenina, se acercó a su marido herido de muerte. Antes de que fuera conducido junto a los otros prisioneros, le limpió la cara con el pañuelo de boda, y le acarició el pelo manchado de barro. Pedro entreabrió los ojos y observó un rostro compungido para el que ya no quedaba esperanzas.

Un soldado agarró al moribundo y dejó el cuerpo quebrado apoyado en el paredón. El destacamento preparó los fusiles. “-¡Fuego!”-gritó el general y se oyó el rebufo de las armas poblando el aire de febrero. Todos los hombres cayeron abatidos a la tierra cenagosa. Cuando los soldados dejaron de apuntarlas, las mujeres corrieron hacia los familiares muertos para darle el último beso antes de que fueran arrojados a la fosa.

Rosita buscó la herida de bala entre las otras heridas y embadurnó de lágrimas la cara que poco antes había limpiado. Apoyó la cabeza fláccida en su vientre preñado que iba regándose con la sangre que manaba del corazón destrozado. Tronó la voz oscura del general. Los cadáveres fueron sepultados en una enorme fosa donde yacía la herrumbre corrompida de otros prisioneros.

El tiempo avanzó. En la casa se oyó primero el llanto lastimero de un bebé, y luego la voz de una niña que recitaba la última lección de historia que la maestra le había obligado a aprender:

“El Ejército Español y las Milicias Nacionales, movidos por su amor a España, iniciaron el 18 de julio de 1936 un Movimiento Nacional contra el funesto régimen marxista. Dirigidos por el ilustre general Franco, a quien secundaron generales tan destacados como Mola, Queipo de Llano, Dávila y otros, obtuvieron las primeras victorias sobre el marxismo.

Terminada nuestra Guerra de Liberación, el Caudillo de España consagró todos sus esfuerzos a la restauración nacional. Abolida la legislación sectaria de la República, vuelve el crucifijo a presidir las aulas de las escuelas, colegios, institutos, universidades y centros oficiales en general. Las iglesias destruidas fueron restauradas, y la religión católica, única verdadera, goza de la protección oficial.”